

OBISPO E HISTORIADOR

Ángel MARTÍNEZ CUESTA, OAR

No es tarea fácil combinar los oficios de historiador y obispo de una diócesis del interior de la Amazonía. Ésa es la primera idea que me vino a la mente al coger en mis manos este poderoso volumen ¹. Y con ella comencé su lectura. No acertaba a explicarme cómo un obispo sin preparación académica específica ni antecedentes conocidos en el campo de la historiografía podía disponer de tiempo y serenidad para estudiar detenidamente la marcha de la Iglesia que le estaba confiada. Todavía más difícil me parecía que lograra ordenar y poner por escrito el resultado de sus lecturas y reflexiones. Pero a medida que me iba adentrando en la lectura del volumen, la prevención iba cediendo el paso a la sorpresa y a la admiración. Veía que el libro no era el cúmulo de datos o el centón de citas peor o mejor hilvanadas que yo había imaginado. Tenía una estructura y un orden, prestaba atención a los condicionantes geográficos, económicos, sociales, políticos y religiosos, e incluso se imponía a la atención del lector por una cierta viveza expositiva y una gran riqueza gráfica.

Sus páginas reflejan con suficiente exactitud y claridad la marcha de una iglesia particular desde la cuna hasta su madurez, desde sus primeros vagidos hasta su edad adulta. La narración comienza en el último tercio del siglo XIX, cuando tanto la Iglesia como la sociedad en que surgía daban sus primeros pasos. Era una sociedad primitiva y áspera. Unos pocos millares de hombres venidos del nordeste del Brasil y otros tantos indígenas trataban de sobrevivir en medio de una geografía inmensa y hostil, y de una sociedad dominada por el afán inmoderado de lucro, casi siempre al margen de la ley, sin apenas otra regla que la del más fuerte. La Iglesia carecía de todo soporte humano. En toda la región no había ni una sola parroquia y ni un solo sacerdote. Era «um Catolicismo sem padres» y, por tanto, sin sacramentos, expuesto al sincretismo y a la relajación moral, dirigido por santeros, rezadores o, en el mejor de los casos, por algún catequista. Ellos presidían el culto en los barracones o al aire libre, mantenían las fuertes tradiciones religiosas que aquellos rudos trabajadores traían de su tierra nordestina y los acompañaban en los momentos más solemnes de su vida. Sólo alguna que otra vez recibían la visita de alguno de los escasísimos sacerdotes que enton-

¹ Dom Joaquín PERTIÑEZ (Collaboração: Pe. Máximo Lombardi), *História da Diocese de Rio Branco 1878-2000*, s.a. y s.l, 822 pp. 250 x 170 mm.

ces residían en la Amazonía. Y termina en los umbrales del siglo XXI, cuando aquella Iglesia naciente se ha convertido en una diócesis (15 febrero 1986) con cientos de miles de católicos, distribuidos en unas 30 parroquias, con un par de comunidades de religiosos y unas 15 de religiosas, más una red de movimientos y organismos administrativos, asistenciales y educativos que cubren los aspectos más diversos de la vida. Entre ambas fechas corre casi un siglo y medio de afanes, proyectos, logros y fracasos. Todos son narrados con riqueza de particulares y a todos se los intenta encuadrar en la historia general de la sociedad y de la Iglesia brasileña.

Recuerdo los principales. El 6 septiembre de 1878 el obispo de Belem erigió la parroquia de Lábrea, encomendándola al sacerdote cearense Francisco Leite Barbosa, que tomó posesión de ella el día 8 y la administró hasta 1908. Durante 30 años fue casi el único sacerdote de la región. Entre 1899 y 1903 el territorio fue teatro de enfrentamientos entre Bolivia, a quien pertenecía entonces la región, y los seringueiros brasileños, que terminaron por ganar la batalla. Por el Tratado de Petrópolis, del 17 de noviembre de 1903, Bolivia vendió sus derechos al Brasil por dos millones de libras esterlinas y la construcción de una línea ferroviaria. En marzo de 1910 el obispo de Manaus segregó el territorio de la parroquia de Lábrea y erigió en él cuatro nuevas parroquias –Empresa o Río Branco, Sena Madureira, San Sebastián de Xapuri y San Sebastián de Antimary o Floriano Peixoto–. José Tito quedó encargado de Río Branco y Floriano Peixoto; Benedito Araujo de Lima (1910-13) y Joaquim Franklin Gondim (1914-19) de Xapuri; y Antônio Fernandes da Silva Távora (†1916) de Sena. En 1917 las cuatro estaban a cargo de José Tito, un sacerdote del sur de Italia (1869-post 1942) que dedicó su vida sacerdotal al servicio de la iglesia brasileña. En diciembre de 1919 Benedicto XV formó con las tres primeras la prelatura nullius del Alto Acre y Alto Purús y la encomendó a los servitas. Su primer obispo fue el servita Próspero Bernardi, quien se ordenó de obispo en Roma el 11 de enero de 1920 y llegó a su destino el 9 de julio del mismo año. Fijó su sede en Sena Madureira, que continuó siendo cabecera de la prelatura hasta enero de 1958, en que mons. Mattioli la trasladó a la capital del estado. En el momento de su creación la prelatura contaba con 70.000 habitantes diseminados por una extensión de 70.000 kms².

Durante 70 años los servitas fueron los protagonistas casi exclusivos de la marcha de la Iglesia en la región. Después hallamos junto con ellos a sacerdotes diocesanos y de otras comunidades religiosas. En 1921 abrieron una cuarta parroquia en Brasileia, en la frontera con Bolivia, y en 1933 se hicieron cargo de la parroquia de Floriano Peixoto, que hasta entonces había pertenecido a la prelatura de Lábrea. Su primera ocupación fue la mejora de las estructuras materiales y pastorales de las cabeceras. La construcción de iglesias y capillas, la organización de la catequesis – en 1936 publicaron un catecismo que en 1941 alcanzó la cuarta edición–, la administración de los sacramentos, la regularización de los matrimonios –en Río Branco los matri-

monios canónicos apenas si llegaban al 4%—, el culto y la atención a los enfermos ocupaban la mayor parte de su tiempo y de sus energías. Pero, conscientes de que casi toda la población vivía en las márgenes de los ríos o en el interior de la selva, desde el primer momento concedieron gran relieve a las *desobrigas*, nombre con que se conocía a las visitas que con relativa regularidad hacían a las comunidades del interior para facilitarles la recepción de los sacramentos. Pero nunca desatendieron campos como la evangelización de los indios, la educación, la sanidad, el acceso al crédito, la promoción de las buenas lecturas, la creación de las asociaciones propias de la época y de la espiritualidad de su orden. Las más frecuentes fueron la Congregación Mariana, la Cruzada Eucarística, la Guarda de honor del Santísimo Sacramento y, a partir de 1946, la Acción Católica. En octubre de 1945 la prelatura celebró sus 25 años de vida con un Congreso Eucarístico.

En la educación y sanidad pusieron contar, desde 1921, con la ayuda de las siervas de María reparadoras. En febrero de 1922 abrieron una Caja Rural en Sena, a la que cuatro años después siguió otra en Xapuri. Su fin era «melhorar as condições moraes e econômicas dos associados» (p. 125). También promovieron el clero indígena, tanto secular como regular. Mandaron candidatos a Cochabamba (1949) y luego a Cuiabá o Turvo e incluso acomodaron algún local en la misma prelatura. Pero el resultado no fue muy halagüeño. La soledad, la escasez de misioneros —en las primeras décadas pocas veces superaron la media docena— y de recursos económicos, la insalubridad y la crisis de la *borracha*, que había sido la principal riqueza de la región, fueron los obstáculos más formidables. A ellos se sumaron, durante la guerra mundial el aislamiento, la imposibilidad de comunicarse con sus superiores y la suspicacia del gobierno brasileño, que no olvidaba su pertenencia a un país enemigo. Tras la guerra aumentó el número de misioneros, surgieron nuevas parroquias, se intensificaron las relaciones con la jerarquía nacional, unida en conferencia desde 1952, y de modo especial con las prelaturas vecinas, y creció la preocupación por los indígenas y los medios de comunicación social. Desde que en 1944 el gobernador del Estado inauguró la *Rádio Difusora Acreana*, los religiosos se sirvieron de sus ondas para estrechar los vínculos con las comunidades del interior y llevar la palabra de Dios hasta los rincones más apartados de la selva. En 1952 la prelatura contaba con unos 90 mil habitantes, encuadrados en seis parroquias y eran atendidos por 10 religiosos, 17 religiosas y 5 seminaristas. En vísperas del Concilio las parroquias eran siete, de las que tres estaban emplazadas en la capital. El cumplimiento del precepto dominical seguía siendo bajo. No llegaba al 10% de la población: 6.700 personas entre una población que ya ascendía a 95.000 fieles.

Tras el concilio en la prelatura se produjo un cambio radical de perspectiva. Cambiaron los actores, las circunstancias y, sobre todo, el ambiente político, social y eclesial. En 1964 los militares subieron al poder y durante 20 años gobiernan con mano de hierro. La región es invadida por una ola de

inmigrantes y aventureros que, favorecidos por el gobierno, expulsan a los seringueiros, talan la selva y la llenan de sembradíos y pastizales. La población se multiplica y se urbaniza rapidísimamente. La capital pasa de 60 mil habitantes en 1970 a 180 mil en 1980 con las consiguientes repercusiones en su calidad de vida. La ciudad no está preparada para acoger tal avalancha de gente. Faltan habitaciones, comunicaciones, escuelas, centros de salud, y paralelamente aumentan vertiginosamente la inseguridad, las enfermedades y la prostitución. La Iglesia, por su parte, salió del concilio dispuesta a entrar en diálogo con la sociedad, a salir a su encuentro con un nuevo rostro, a reconocer la autonomía de las realidades terrenas, a dar más espacio a los laicos, a desvincularse de los gobiernos y hacer oír su voz con más libertad. La Iglesia americana no tardó en sintonizar con ese nuevo estilo y trató de darle concreción en asambleas generales como la de Medellín (1968) y locales, como las celebradas en distintas ciudades amazónicas entre 1967 y 1997.

A fray Giocondo María Grotti, nombrado prelado en noviembre de 1962, le tocó preparar el terreno para acoger y hacer germinar la nueva semilla. La asistencia a las dos últimas sesiones conciliares y la participación en las primeras reuniones del episcopado amazonense le capacitaron para abrir la prelatura a esos nuevos criterios e ir creando en ella cauces y estructuras nuevas. En 1963 acogió a cuatro enfermeras de un instituto secular de Milán, amplió y modernizó el hospital de Santa Juliana, organizó la leprosería de Souza Araujo, situada a 18 kms de Río Branco, promovió el uso de nuevos medios de transporte... Su actitudes y preocupaciones las dejó plasmadas en dos escritos que Pertíñez reproduce en las páginas 465-480 de su libro. El primero es una carta al presidente de la República del 2 de diciembre de 1966. En ella denuncia con clarividencia y valentía los abusos de algunos políticos, las graves deficiencias sanitarias y educativas de la región, deplora la ausencia de toda actividad industrial y formula peticiones concretas sobre la restitución de la libertad y la concesión de créditos que potencien la economía regional.

Pero fue durante el largo episcopado de su sucesor, dom Moacyr Grechi (1972-1999), cuando esas ideas penetraron de lleno en la prelatura y dirigieron toda su actividad. Durante los 27 años que estuvo al frente de ella puso en movimiento una serie de iniciativas que incidieron fuertemente en todos los sectores de la vida eclesial, social y política del Estado. Llegó a Río Branco a principios de agosto de 1972 y fue consagrado obispo el 23 de octubre del año siguiente. Para esta última fecha ya había presentado su primer plan pastoral, basado en las ideas de la asamblea celebrada en Santarem en mayo del año anterior. Las *desobrigas* serían substituidas por viajes misioneros, cuyo fin ya no sería tanto administrar los sacramentos cuando fundar comunidades eclesiales de base. Sus prioridades eran ahora la formación de agentes pastorales, la organización de comunidades de base y la pastoral indígena. Había que invertir menos en obras asistenciales, aun cuando algunas continuaban siendo necesarias, y más en la formación de agentes pastorales, a los que la escasez de sacerdotes y religiosos hacía cada día

más imprescindibles. Acudió también a la ayuda de sacerdotes seculares y de otras congregaciones religiosas. Entre 1974 y 1998 la diócesis italiana de Lucca envió 11 sacerdotes; y la sociedad francesa de Saint Jacques, 8 entre 1978 y 1997. Otros sacerdotes llegaron de las diócesis de Boa Vista y Fortaleza. La respuesta de las comunidades femeninas fue más generosa. En 1972 llegaron a la parroquia de Brasileia, que atravesaba momentos difíciles, las siervas de María de Galeazza. En 1973 las hermanas de Jesús Crucificado se encargaron de la evangelización y promoción de las comunidades de base en la parroquia de Bocas de Acre. En los años siguientes fueron llegando las josefinas de Fortaleza (1977), las catequistas franciscanas (1987), las hermanas de Nuestra Señora (1988), las misioneras de la doctrina cristiana (1988) y otras, hasta un total de nueve congregaciones. Con ellos y con la preciosa ayuda de no pocos voluntarios, provenientes en gran parte de Italia, el obispo pudo atender a las nuevas parroquias reclamadas por el aumento constante de la población así como a sus compromisos con la pastoral de la tierra, las comunicaciones, la catequesis libertadora, la promoción de las comunidades de base, la defensa de los derechos humanos y otras obras sociales como el suero casero, la redención de alcohólicos (*Caminho aberto*), los niños sin recursos de Río Branco (1997), el curso de teología para clérigos y laicos (1982)... Junto a estos proyectos seguían creciendo asociaciones antiguas como el Apostolado de la oración, instalado en la prelatura en la década de los 40 o la legión de María, presente en ella desde 1962, y otros nuevos como los focolarinos (1981), la renovación carismática (década de los 80), los *Casais com Cristo* (1990) y la Madre Peregrina de Schönstatt (1997).

Su independencia de criterio y su libertad de acción así como el protagonismo concedido a los laicos y las desviaciones ideológicas o políticas del *Centro de Defensa de los Derechos Humanos*, de la *Comisión pastoral de la Tierra*, de algunas comunidades eclesiales de base o la estructura del curso de teología le atrajeron la suspicacia de las autoridades tanto civiles como religiosas y le obligaron a desentenderse de algunos de sus proyectos o a señalarles una nueva dirección. El curso de teología tuvo que cerrarlo por presiones de Roma. Pero nada quebrantó su ánimo. Él siempre siguió creyendo en la bondad y eficacia del camino emprendido. Nunca dudó de que era el medio más apto para liberar a los oprimidos y para potenciar la presencia de Dios en el mundo.

Pertíñez ha dividido toda esta inmensa materia en tres secciones o etapas cronológicas. La primera cuenta en poco menos de 200 páginas (17-193) la prehistoria e historia primitiva de la prelatura, desde los inicios del primer ciclo de la *borracha* en 1878 hasta la gran depresión de 1929. La segunda (195-413) describe el desarrollo de la prelatura desde 1930 hasta las vísperas del concilio Vaticano II. La tercera (415-822) reseña con más detalle y también con más simpatía los esfuerzos de la prelatura por conservar y potenciar la presencia cristiana en una sociedad injusta y en busca de nuevos equilibrios.

La tarea no era nada fácil. De hecho, son contadas las iglesias brasileñas que cuentan con una historia semejante. Su culminación requería tiem-

po, ecuanimidad, serenidad y equilibrio, amén de una cierta familiaridad con las ciencias sociales, la evolución de la eclesiología en estos últimos decenios y de sensibilidad para captar sus manifestaciones y matices. No creo que el fruto logrado sea perfecto. Ante todo sorprende la diversidad del lenguaje y del tono empleado en el volumen. En las primeras páginas predominan el tono duro, la incomprensión y la censura. A los misioneros, a pesar de su innegable magnanimidad, reconocida en no pocos pasajes del libro, se les reprocha su conservadurismo, su apego a las tradiciones patrias, su escasa inculturación y sus métodos. Un pequeño esfuerzo de comprensión habría bastado para limar aristas demasiado agudas y a la vez habría evitado la caída en generalizaciones discutibles, cuando no falsas. Me refiero a la presentación de la masonería, a las referencias a la actitud de la Iglesia americana ante la esclavitud, al matiz negativo que se da a la romanización de la Iglesia brasileña en la segunda mitad del siglo XIX, al abuso de términos equívocos como tradicionalismo, conservadurismo, papismo, sacramentalismo, etc., que envuelven la narración en un caparazón ideológico y pasional que no ayuda a la comprensión de los acontecimientos. Todo cambia en la tercera parte del volumen. En ella el lenguaje se torna positivo, comprensivo y benévolo. Todo se justifica e incluso se alaba. El lector saca la impresión de que en el periodo postconciliar la Iglesia todo lo hizo bien. Esa actitud ayuda a captar los numerosos aspectos positivos de su actuación, pero también contribuye a nublar la vista y a ocultar posibles puntos negativos o al menos discutibles.

Ése es para mí el mayor límite de este estudio. Otro límite podría ser la distribución del material. No me refiero tanto a las grandes secciones del volumen, que, a pesar de posibles objeciones, no me parecen desacertadas, cuanto al orden adoptado dentro de cada una de ellas. Casi todos los apartados tienen el mismo relieve tipográfico y no es fácil descubrir el motivo que ha inducido al autor a asignarles uno u otro puesto. Creo que la división en capítulos y un mayor respeto a la cronología habrían facilitado la comprensión del libro. También se echa de menos una lista con las siglas empleadas, así como una mayor precisión en las notas, en las que a veces faltan datos importantes, y, desde luego la bibliografía, el índice de nombres y algún mapa que ayude a moverse al lector en una geografía que no a todos resultará familiar. En un volumen de esta envergadura los índices son imprescindibles. También faltan las notas tipográficas al principio del volumen. Sólo se indica la entidad responsable, que parece ser la diócesis de Río Branco. Nada se dice de la editorial ni del año de edición. Pequeñas deficiencias éstas, que en nada afectan al valor de la obra. Por el contrario, son de agradecer los cientos de fotografías que salpican el volumen y ponen ante los ojos del lector escenas que la letra impresa difícilmente logra transmitir. Señalo también la presencia en el libro de algunos datos interesantes sobre la prelatura de Lábrea (p. 48-55, 171, 232, 265, 284, 807, 815ss).

Ángel MARTÍNEZ CUESTA
Roma